

Historia de un país. Argentina siglo XX

Capítulo 21: "Dictadura: economía y represión"

- Presentación -

Un hombre de gruesos anteojos camina por la calle San Juan. Va a paso tranquilo, aunque su actitud es alerta.

De forma inesperada, un hombre rubio, mucho más joven y atlético, lo sorprende por detrás y trata de inmovilizarlo con una llave de lucha. El hombre de anteojos logra zafarse y extrae una pistola calibre 22 de entre sus ropas. Comienza a correr.

Al llegar a la avenida Entre Ríos, un auto frena violentamente. Cuatro hombres con armas automáticas descienden de él y comienzan a dispararle. El hombre de anteojos resiste inútilmente con su pistola 22.

Los disparos de sus agresores no tardan en alcanzarlo; el hombre de anteojos cae. En sus bolsillos lleva un documento falso y una carta destinada a los miembros de la Junta Militar que gobierna el país desde hace un año.

Su nombre es Rodolfo Walsh. Aún con vida, es llevado a la Escuela de Mecánica de la Armada.

- Desarrollo -

El 24 de marzo de 1976, tras casi dos años de gobierno de María Estela Martínez de Perón, marcados por una aguda crisis económica y una violencia política creciente, las Fuerzas Armadas Argentinas toman el control del país.

"Se comunica a la población que a partir de la fecha el país se encuentra bajo el control operacional de la Junta Militar. Se recomienda a todos los habitantes el estricto acatamiento a las disposiciones y directivas que emanen de autoridad militar, de seguridad o policial. Así como extremar el cuidado

en evitar acciones o actitudes individuales o de grupo que puedan exigir la intervención drástica del personal en operaciones; Firmado Jorge Rafael Videla, Teniente General, Comandante General del Ejército”.

El golpe no es novedad, desde hace más de 40 años las Fuerzas Armadas tienen una actuación decisiva en la política argentina, y las interrupciones de la vida democrática son ya una constante.

A diferencia de las anteriores dictaduras, el nuevo gobierno involucra a las tres armas por igual. Ejército, Marina y Fuerza Aérea, en todos sus escalafones, están comprometidos con las políticas de la Junta Militar: órgano superior de gobierno presidido por el teniente general Jorge Rafael Videla, secundado por el almirante Emilio Eduardo Massera y el brigadier Orlando Ramón Agosti.

El Proceso de Reorganización Nacional, nombre con el que se presenta la nueva dictadura, pretende poner un corte definitivo a la dinámica política y social iniciada en 1945 con la llegada del peronismo. Su intención es disciplinar a la sociedad argentina en un nuevo proyecto de país, ordenado, sin huelgas, conflictos, ni movilizaciones populares. Y con una clase obrera más obediente y un Estado con menos intervención en las relaciones económicas y sociales.

El proyecto de los militares cuenta con el apoyo de muchos civiles; grupos financieros, grandes empresarios, terratenientes y gran parte de la jerarquía de la Iglesia católica avalan las políticas de la dictadura y justifican todas las acciones necesarias para llevarlas a cabo.

La estrategia política de la Junta Militar tiene un eje central: la eliminación sistemática de toda actividad política, social y cultural que el gobierno considere “subversiva”.

A partir de marzo de 1976, la definición de “subversivo” no es aplicada solamente a las organizaciones armadas revolucionarias y a la militancia de izquierda; también se extiende a obreros, sindicalistas, artistas, estudiantes e intelectuales que se muestren en desacuerdo con las políticas del nuevo régimen.

A ojos del gobierno militar, también son “subversivos” la literatura latinoamericana, el rock y la matemática moderna.

“Primero mataremos a todos los subversivos, luego mataremos a sus colaboradores, después... a sus simpatizantes, luego... a aquellos que permanecen indiferentes, y finalmente mataremos a los tímidos.” (Palabras del general Ibérico Saint Jean, gobernador militar de la provincia de Buenos Aires)

Miedo y silencio

Al igual que las anteriores dictaduras, la Junta Militar disuelve el Congreso, prohíbe los partidos políticos y decreta el estado de sitio. Las políticas de represión estatal, iniciadas durante el gobierno de Isabel Perón con la Triple A y el Operativo Independencia, son ampliadas y ejecutadas con un nivel de violencia y organización mucho mayor.

Detenciones masivas, secuestros y asesinatos en la vía pública se convierten en escenas cotidianas. A pesar de todo, la mayoría de los partidos políticos, sindicatos y sectores intelectuales deciden llamarse a silencio. Una parte de la sociedad ve el clima de orden y disciplina castrense como un alivio al caos y la violencia padecidos durante el gobierno de Isabel Perón.

En poco tiempo el miedo, el silencio y la sospecha se instalan como el mecanismo más efectivo de control social. Desde los medios oficialistas, se estimula a la población a denunciar a todo aquel que consideren subversivo, sin que importe que sea vecino, conocido, o compañero de trabajo.

Terrorismo de Estado

Para 1976 la Argentina, como Chile, Uruguay, Paraguay y Bolivia, se encuentran bajo el gobierno de dictaduras militares. Desde comienzos de la década de los 60, representantes de las fuerzas armadas de esos países asisten a la Escuela de las Américas, organismo creado por el gobierno de los Estados Unidos con el fin de entrenar a los ejércitos latinoamericanos en la lucha contra el comunismo.

Los militares argentinos también reciben entrenamiento del Ejército francés que, desde los años 60, se dedica a enseñar sus métodos represivos, ensayados durante la guerra de Argelia.

Estos métodos, que incluyen la creación de centros clandestinos de detención y el uso del secuestro y la tortura como técnica para conseguir información, son puestos en práctica en 1975, durante el

Operativo Independencia, una operación militar destinada a arrasar los campamentos guerrilleros que el ERP había instalado en la provincia de Tucumán.

A partir del golpe, estas metodologías comienzan a aplicarse de una forma masiva y sistemática. Es así que, en 1976, el país se divide en distintas zonas, subzonas y áreas en las que funcionan casi 350 centros clandestinos de detención.

En estos centros todo el escalafón de las fuerzas de seguridad, desde las graduaciones más bajas hasta los más altos oficiales, está comprometido en el accionar represivo, totalmente secreto e ilegal.

El método más habitual es el de la desaparición forzada de personas, que consiste en secuestrar a los presuntos "subversivos", ya sea en sus hogares, lugares de trabajo o en plena vía pública, para llevarlos raudamente a cualquiera de los centros de detención, que generalmente funcionan dentro de reparticiones militares o policiales, como la Escuela de Mecánica de la Armada y Campo Mayo, o en lugares especialmente acondicionados, como la Perla, el Atlético y La Mansión Seré.

"Colmadas las cárceles ordinarias, crearon ustedes en las principales guarniciones del país virtuales campos de concentración donde no entra ningún juez, abogado, periodista, observador internacional. El secreto militar de los procedimientos, invocado como necesidad de la investigación, convierte a la mayoría de las detenciones en secuestros que permiten la tortura sin límite y el fusilamiento sin juicio." (De la "Carta Abierta a la Junta Militar", de Rodolfo Walsh, 1977)

La desaparición forzada de personas

Una vez ingresado en el centro clandestino de detención, el detenido-desaparecido es torturado y sometido a condiciones extremas de vida, que incluyen aislamiento, escasa alimentación y la prohibición expresa de hablar o ponerse de pie. Para evitar el contacto visual con sus captores y con otros en igual situación, todos los detenidos llevan los ojos vendados, o son encapuchados.

El método de tortura más habitual usado en los centros de detención es la picana eléctrica, empleada generalmente para conseguir información sobre la vida y sobre las actividades de los prisioneros. Este método es aplicado a todos los detenidos, incluidos los ancianos, los discapacitados y las mujeres embarazadas.

Muchas de ellas dan a luz en los mismos centros de detención y sus hijos son luego apropiados por los mismos represores, o entregados a familias allegadas a los militares.

“El potro, el torno, el despellejamiento en vida, la sierra de los inquisidores medievales reaparecen en los testimonios junto con la picana y el ‘submarino’, el soplete de las actualizaciones contemporáneas.” (De la “Carta Abierta a la Junta Militar”, de Rodolfo Walsh, 1977)

La fase final de la represión es la eliminación física de los detenidos. Durante los primeros años de la dictadura, el método más frecuente consiste en fraguar enfrentamientos armados en los descampados del Gran Buenos Aires.

Pero con el pasar de los meses y el aumento en el número de detenidos se da paso al método de “traslado”, eufemismo utilizado por los militares para referirse a la ejecución de prisioneros. En algunos casos, el traslado consiste en narcotizar al detenido con una fuerte dosis de sedantes, para luego arrojarlo desde un avión a las aguas del Río de la Plata.

La finalidad de este método es deshacerse de los cuerpos de los prisioneros ya que, según la visión del gobierno militar, sin cuerpos no hay pruebas, sin pruebas no hay delito.

“Frente al desaparecido, en tanto este como tal, es una incógnita el desaparecido. Si el hombre desapareciera, bueno, tendrá un tratamiento equis. Y si la desaparición se convirtiera en certeza de su fallecimiento, tiene un tratamiento zeta. Pero mientras sea desaparecido no puede tener ningún tratamiento especial, es una incógnita, es un desaparecido, no tiene entidad, no está, ni muerto ni vivo, está desaparecido.”
(Palabras de Jorge Rafael Videla)

Durante los tres primeros años de dictadura, el método de desaparición forzada de personas no sólo es aplicado a supuestos guerrilleros y militantes de izquierda, también es utilizado para eliminar a todos aquellos que se opongan a los planes de gobierno militar. Un dato importante es que más del 30 por ciento de los desaparecidos son obreros industriales.

A fines de 1978, los militares argentinos consideran que su misión de combatir a la subversión está cumplida, por lo que deciden desactivar la mayoría de los centros clandestinos de detención.

A esta altura, en la prensa de todo el mundo se habla de los desaparecidos argentinos. Pero dentro del país solo unos pocos medios se animan a tocar el tema.

El terror y la represión ejercida por los militares logran instalar en la sociedad argentina una cultura del miedo y del silencio funcional a los planes políticos de la dictadura. Muy pocos se preguntan qué pasó con las personas que fueron arrancadas de sus domicilios y lugares de trabajo, sin que nunca más se haya vuelto a saber de ellas.

A partir de marzo de 1976, las Fuerzas Armadas Argentinas instalan en el país un régimen de terrorismo de Estado. El secuestro, la tortura y el asesinato de ciudadanos civiles es usado por los miembros de la Junta Militar como herramienta principal para imponer su plan de gobierno, que incluye una profunda transformación política, especialmente económica.

“Estos hechos, que sacuden la conciencia del mundo civilizado, no son sin embargo los que mayores sufrimientos han traído al pueblo argentino, ni las peores violaciones de los derechos humanos en que ustedes incurren. En la política económica de ese gobierno debe buscarse no sólo la explicación de sus crímenes sino una atrocidad mayor que castiga a millones de seres humanos con la miseria planificada.” (De la “Carta Abierta a la Junta Militar”, de Rodolfo Walsh, 1977)

En los últimos días de marzo de 1976, el presidente Videla designa como ministro de Economía a José Alfredo Martínez de Hoz: un empresario y economista liberal, presidente del grupo Acindar.

El plan del nuevo ministro pretende una transformación estructural del paisaje económico argentino. Según su diagnóstico existen dos grandes males que impiden el desarrollo del país:

- una clase obrera demasiado fuerte, indisciplinada y demandante,
- y una industria nacional ineficiente, basada en el mercado interno y dependiente del subsidio estatal.

La estrategia de Martínez de Hoz apunta a “disciplinar” al movimiento obrero, en especial a los sindicatos, y a abrir la economía argentina al comercio exterior, aunque esto perjudique seriamente a la industria nacional.

“Se abre señores un nuevo capítulo en la historia económica argentina, hemos dado vuelta una hoja del intervencionismo estatizante y agobiante de la actividad económica, para dar paso a la liberación de las fuerzas productivas.” (Palabras del ministro Martínez de Hoz)

Con el fin de frenar la inflación heredada del gobierno anterior, el nuevo ministro congela los salarios por un período de tres meses. Esta medida, aplicada en un contexto de alta inflación, provoca una brutal pérdida del poder adquisitivo de los sectores trabajadores.

Como segunda medida, el ministro achica las restricciones que limitan la entrada de productos y de servicios provenientes del exterior, que comienzan a competir en situación de igualdad con la producción nacional.

“Antes la competencia era insuficiente, teníamos productos buenos, pero muchas veces el consumidor debía conformarse con lo que había, pero sin poder comparar. Ahora tiene para elegir, además de los productos nacionales, los importados”. (De un aviso propagandístico de la dictadura)

A mediados de 1977, Martínez De Hoz introduce un cambio sustancial en la estructura económica argentina: la reforma financiera.

Para lograr una mayor disponibilidad de divisas, el estado nacional libera las tasas de interés de los bancos y elimina progresivamente las restricciones a los movimientos de capitales del exterior. Estos capitales, en lugar de destinarse a la producción, se vuelcan rápidamente hacia la especulación financiera.

“Plata dulce”

A partir de 1977, empresas privadas, pequeños comerciantes y hasta ciudadanos comunes se vuelcan al juego de la especulación, que produce abundantes ganancias a corto plazo, pero que tiene un efecto negativo sobre la estructura productiva del país.

“El espectáculo de una Bolsa de Comercio donde en una semana ha sido posible para algunos ganar sin trabajar el cien y el doscientos por ciento, donde hay empresas que de la noche a la mañana duplicaron su capital sin producir más que antes, la rueda loca de la especulación en dólares, letras,

valores ajustables, la usura simple que ya calcula el interés por hora son hechos bien curiosos bajo un gobierno que venía a acabar con el 'festín de los corruptos'. (De la "Carta Abierta a la Junta Militar", de Rodolfo Walsh, 1977)

"Achicar el Estado es agrandar la nación"

Otra de las metas económicas de la Junta Militar es la reducción del gasto estatal. Pero, salvo por una serie de despidos masivos en la administración pública, el Estado argentino, lejos de achicar su gasto, lo aumenta.

Desde 1978 hasta entrada la década de los 80, el gobierno militar favorece con grandes subsidios y ventajas impositivas a varios grupos empresarios ligados al poder.

Al mismo tiempo, se dedica a financiar obras públicas de gran magnitud, como las autopistas de la ciudad de Buenos Aires, la central atómica Atucha 2 y el canal de televisión ATC, otorgando las concesiones a empresas privadas de conocidos vínculos con miembros del gobierno.

Pero en 1978 el Estado argentino lleva a cabo su maniobra de propaganda más cara y efectiva.

"La copa del mundo fue un compromiso que en su momento adquirió el país, y que en este momento lo está cumpliendo. Pero por sobre todas las cosas es un hecho también político". (Palabras del periodista deportivo José María Muñoz)

Para fines de 1978, el éxito deportivo de la selección nacional, sumado al furor de la especulación financiera, la famosa "plata dulce", generan una ola de confianza y aprobación hacia las políticas del gobierno. En este contexto el ministro Martínez de Hoz decide redoblar su apuesta económica.

En el mes de diciembre, el gobierno reduce drásticamente los aranceles a las importaciones. En cuestión de meses, el país se ve invadido por una ola de productos extranjeros.

Para la misma época, el ministro pone en marcha una reforma en el sistema cambiario, que establece una disminución progresiva y programada del precio del dólar.

“¿Levantar el techo? Veamos. Inmediatamente se levantará el piso, todo quedaría como antes. Entonces ¿Qué hizo el gobierno con las nuevas medidas? Bajó el piso.” (De un aviso propagandístico de la dictadura)

Los resultados de esta reforma, conocida como “la tablita”, son inmediatos. El dólar baja, por lo que gran parte de la clase media argentina se lanza masivamente a la compra de productos importados. Viajes al exterior, *tours* de compras a Brasil y cuantiosas ventas de electrodomésticos *made in Taiwan* son una postal de esta época de consumo desmesurado.

Mientras tanto, la inflación no cede, y para 1979 alcanza un índice del 160 por ciento. Pero el golpe más grave lo recibe la industria nacional que, al no poder competir en calidad, variedad y precio con los productos importados, cae en un período de estancamiento.

Llegada la década de los 80, la pequeña y mediana industria atraviesa una crisis terminal. Con la economía dolarizada, muchos empresarios se ven obligados a cerrar sus fábricas.

Por otra parte, los grupos económicos más importantes aprovechan las ventajas financieras de la época para expandir sus actividades a todos los rubros. Como consecuencia, el poder económico termina concentrado en unas pocas manos.

Para 1981 la suma de todas estas variables desata una gran crisis financiera que afecta a todos los sectores de la sociedad, en especial a los más humildes.

“Basta andar unas horas por el Gran Buenos Aires para comprobar la rapidez con que semejante política la convirtió en una villa miseria de diez millones de habitantes. Ciudades a media luz, barrios enteros sin agua porque las industrias monopólicas saquean las napas subterráneas, millares de cuadras convertidas en un solo bache porque ustedes sólo pavimentan los barrios militares y adornan la Plaza de Mayo.”
(De la “Carta Abierta a la Junta Militar”, de Rodolfo Walsh, 1977)

“El que apuesta al dólar pierde”

Tras la crisis provocada por el plan Martínez de Hoz, en marzo de 1981 asume la cartera de Economía Lorenzo Sigaut. Una de sus primeras medidas es devaluar la moneda nacional en un 400 por ciento.

Esta medida significa un durísimo golpe para la industria nacional. Muchos empresarios, que para poder sobrevivir habían tomado créditos en dólares, ven como sus deudas se cuadruplican en poco tiempo. Si bien para los grandes grupos económicos la situación es complicada, pronto reciben la ayuda del Estado.

En julio de 1982 es designado al frente del Banco Central Domingo Felipe Cavallo. Una de sus primeras medidas implica asumir como públicas las deudas privadas de las grandes empresas.

A esta nacionalización de la deuda privada, se suma un cambio en las políticas del Fondo Monetario Internacional y la Banca Mundial, que dejan de ofrecer préstamos baratos a los países latinoamericanos. Durante los años de la dictadura, la deuda externa argentina se multiplica por seis.

“Dictada por el Fondo Monetario Internacional según una receta que se aplica indistintamente al Zaire o a Chile, a Uruguay o Indonesia, la política económica de esa Junta sólo reconoce como beneficiarios a la vieja oligarquía ganadera, la nueva oligarquía especuladora y un grupo selecto de monopolios internacionales encabezados por la ITT, la Esso, las automotrices, la U.S.Steel, la Siemens...” (De la “Carta Abierta a la Junta Militar”, de Rodolfo Walsh, 1977)

- Cierre -

Para fines de 1982, la imagen de la dictadura militar está completamente deteriorada; la reciente derrota en la guerra de Malvinas, el fracaso rotundo de sus políticas económicas y las gravísimas denuncias por violaciones a los derechos humanos consiguen que la sociedad argentina empiece a salir de un largo silencio. De a poco, el miedo empieza a ser superado, y la actividad política recobra fuerza. Para ese entonces los daños causados por la dictadura son permanentes.

El terror y la violencia ejercidos desde el Estado dejan huellas indelebles en la sociedad civil y dañan severamente la imagen de las Fuerzas Armadas.

La destrucción de gran parte de la industria nacional y la concentración del poder económico en unos pocos grupos

empresarios abren un nuevo escenario de crisis, pobreza y desempleo.

Los cambios que la dictadura introduce en la estructura social y económica argentina serán un legado difícil y duradero, cuyas consecuencias llegan hasta la actualidad.

Historia de un país. Argentina Siglo XX – Canal Encuentro

Guión: Ezequiel Cazzola – Asesoramiento Histórico: “Eternautas” – Coordinador: Gabriel Di Meglio / Gustavo Álvarez / Juan Pablo Fasano – Coordinadora general: Jéscica Tritten – Archivo histórico documental de Canal Encuentro: Claudia Perel / María Flores/ Gachi González / Verónica Kodalle